
Autor: Carlos del Cano.

Fotografías: Cedidas por Juan de Lillo.

JUAN DE LILLO, PERIODISTA Y ESCRITOR ALLERANO

Entrevista biográfica

Juan de Lillo es un periodista y escritor allerano, uno de los más grandes del último medio siglo en Asturias. Nació en Moreda, el 29 de marzo de 1935, y a los 88 años aún continúa con la misma ilusión de un novato. Como cuando se inició en La Nueva España en 1962. Desde entonces no ha dejado de trabajar, porque, como dice, es muy fácil hacerlo en la actividad que te guste, en la que puedas realizar tus cualidades. Y él la encontró.

Inició sus primeros pasos en La Nueva España, junto con el también moredense Graciano García, desde entonces, y durante muchos años, compañeros inseparables en su profesión y en su íntima amistad. Su vida activa fue intensa y larga, hasta hoy, porque desde su jubilación no dejó de trabajar, especialmente en los 24 libros que escribió y en el que en este momento está concluyendo, «Ovetenses populares», con el que tuvo la gran ocasión de colaborar y firmar con él. Cuatro de esos libros son biografías, de Rafael Fernández, primer presidente de Asturias; Francisco Riberas, fundador de Gonvarri y Gestamp; Graciano García, su querido amigo, y Luis Adaro, tantos años presidente de la Cámara de Comercio de Gijón y creador de la moderna Feria de Muestras. Juan de Lillo está casado con la avilesina Mercedes Sauras, tiene tres hijos y cinco nietos.

Como he dicho, desde que concluyó su vida activa como periodista, mantiene plena lucidez y le ilusiona seguir escribiendo mientras Dios quiera. Su espíritu y sus fuerzas, creo que impropias de alguien de su avanzada edad, lo mantienen en actividad constante, porque, como dice, «mientras trabajo me siento vivo, y mis largas horas de jubilado sin hacer nada, me parecerían un desperdicio». Hablar con él fue para mí una gran satisfacción. Fue construyendo su vasta obra como periodista y escritor, tanto en Asturias y España como fuera de ella: Bélgica, Alemania, México, Cuba, Argentina, Venezuela, Perú, Estados Unidos, Filipinas, Japón, Suecia, la URSS (Moscú, Kiev y Chernigov) y Roma. Algunos de estos trabajos están recopilados en varios libros. En 2011 la Asociación de la Prensa le concedió el título de periodista de honor. Y participó –en una reunión con tres expertos en el Ayuntamiento para elegir el diseño de la bandera del concejo.

—Nació en Moreda, pero ¿dónde están sus raíces?

—Las tengo plantadas en El Pino y Felechosa, pueblos altos del concejo de Aller camino del puerto de San Isidro. Mi padre era de El Pino y siempre nos inculcó el amor por aquellos pueblos, donde veraneamos durante muchos años, hasta que él murió en 1958. Mi abuela paterna, era de Felechosa. Dos pueblos a un kilómetro de distancia.

—¿Y esas raíces hasta dónde llegan?

—Mi hermano José Antonio, catedrático de Literatura, investigó el origen de los De Lillo hasta el siglo XVII, así que, por lo menos, hasta allí. Además, mi abuela fue maestra de El Pino durante muchos años. Así que nuestras raíces paternas están plantadas, y muy bien, en Aller desde hace tres siglos y medio.

—¿Y su madre?

—Era de El Entrego, pero sus raíces, las de su madre, estaban en Molina de Aragón, que, curiosamente, pertenece a Guadalajara, y de su padre, en Castrillo de Villavega, en Palencia. Mi abuelo Mariano había estudiado Farmacia en Madrid, donde conoció a mi abuela Petra. Y cuando Luis Adaro Magro inició la racionalización de la industria y la minería en Langreo, él construyó una casa en El Entrego e instaló en el bajo su farmacia. Entonces comenzó una etapa de bonanza económica, que atrajo a muchos obreros y profesionales de fuera de Asturias.

INFANCIA EN MOREDA Y VERANOS ENTRE EL PINO Y FELECHOSA

—¿Cuál era la actividad de su padre?

—Era abogado con bufete abierto y director del Banco Herrero, en Moreda. Era muy trabajador, riguroso, muy cariñoso y de fe muy arraigada. Fue un católico sólido, sin ruido, y una personalidad muy respetada en todo el concejo. Ayudó a cuantos pudo.

—¿Su madre?

—Bondadosa, tolerante y muy religiosa. Nos mimó lo justo, que fue suficiente. Fuimos cinco hermanos y como mi padre trabajaba todo el día, era ella la que peleaba con nosotros. Los varones fuimos algo traviosos como todos los niños de entonces. Creo que fuimos felices. Al menos yo, sí. Y pienso que mis hermanos también. Vivimos cuatro, Menchu, José Antonio, Maísa y yo, que era el del medio. Mi hermano mayor, Alfonso, hace algunos años que murió, en La Coruña.

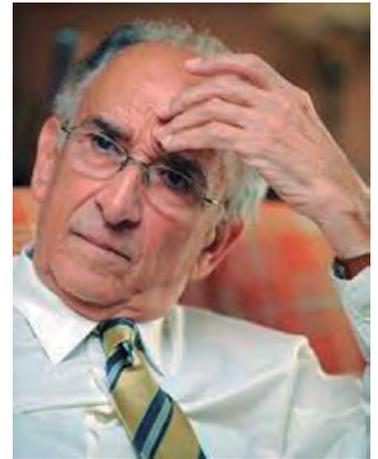


Fig. 1 / Juan de Lillo



—¿Tuvo muchos amigos?

—Los suficientes, que fueron bastantes: Juan Ignacio Vigil, Pipo Bernardo, Manolito, que murió a los doce años; Santinos, Paco Díaz-Faes, Daniel, Obdulio, Manolo Ordóñez y Pepe Canga, padre de Diego Canga, entre otros. La mayoría murieron. Creo que solamente quedamos Obdulio y yo. Después, mi amistad con Graciano García, yo soy cuatro años mayor que él, se inició en la juventud y sigue sólida. De El Pino y Felechosa, solamente vive Pedro Cortés, excelente amigo, que colabora con frecuencia en La Nueva España. Y también pasé temporadas en El Entrego con mis tíos, donde también tuve excelentes amigos.

—¿Cuáles eran sus juegos?

—Entonces la imaginación desempeñaba un papel fundamental. No había toda la maquinaria que tienen los niños ahora. Nuestros juegos eran a la vez deporte: las chapas, la peonza, el guá, guardias y ladrones..., y el fútbol, que ya entonces comenzaba a despertar pasiones. Todo lo hacíamos en la calle, al aire libre. Vi el primer partido del Oviedo en 1943, con ocho años. Me llevó mi tío Jesús, hermano de mi madre, que era gran seguidor del Oviedo. Yo vi jugar a Antón, Goyín, Echevarría, Herrerita y Emilín. Después a Lángara, cuando regresó.

—Entre los libros que escribió hay uno dedicado a Moreda, que es una delicia. Me encantó leerlo a pesar de que no conocía nada de lo que contaba. Pero como es muy auténtico y divertido, yo me iba identificando con cada capítulo.

—Si, «Moreda, en mi primera infancia, era una calle larga de asfalto ralo y carcomido...». Así comenzaba un reportaje para La Nueva España, con motivo del nombramiento de los Humanitarios de San Martín de Moreda, como pueblo ejemplar de Asturias. Empecé a escribir y cuando llevaba ya tres páginas, llamé a

Graciano para leérselo y le gustó tanto que me dijo que nada del periódico. Que continuara y que escribiera un libro. Que yo tenía muy buena memoria y que podía hacerlo. Pero no me dio mucho tiempo, porque tenía que estar para los días previos a la fiesta.

—¿Y llegó a tiempo?

—Es verdad que tengo muy buena memoria y escribí el texto sin consultar un papel ni hablar con nadie. Era verano, yo estaba en Salinas y no tenía a mano a alguien que me ayudara ni documentación donde consultar. Así que lo escribí de memoria, porque, efectivamente, tengo muy buena memoria y un recuerdo me llevaba a otro. Pero llegó un día en que llamó Graciano y me dijo que tenía que parar, porque había que llevar el texto y las fotos a la imprenta. Y allí terminó. Hubiera seguido. Todavía me quedaba un rato de memoria. Fue como una especie de homenaje a Moreda y a su gente, a la que había conocido de niño y a la actual.

—¿Además usted jugó al fútbol federado?

—Si. Jugaba de portero. Fui el portero del equipo de colegio y eso me dio mucha popularidad entre mis compañeros. Después jugué en el Salmantino, Vetusta, Universitario, del que fui uno de los fundadores. Además, fui campeón de España universitario en Barcelona, y jugué varios partidos en Francia y Alemania con la selección universitaria de Oviedo. Cuando estuve en el Vetusta me rompieron un brazo y ya poco tiempo después, ingresé en La Nueva España. Cuando jugué en el Vetusta conocí a algunos históricos del Oviedo de aquellos días: Sánchez Lage, Paquito, Iguarán, José María, Toni, Marigil, Álvarez y Carlos Gómez, y llegué a jugar unos cuantos partidos amistosos con ellos. Pasados los años, a Sánchez Lage y a Álvarez los vi en Buenos Aires.



Fig. 2 / Con sus padres y hermanos en Moreda, 1950

Fig. 3 / Portero del Vetusta

—¿Tuvo una infancia y juventud felices?

—Escribió el poeta austríaco Rilke, que la verdadera patria de cada uno es la infancia. Pues esa, realmente, fue mi patria. Especialmente la infancia, a la que él se refiere. Y reconozco que no me fue mal en la juventud.

—Siendo de tierra adentro, ¿No echó de menos el mar y la playa?

—En absoluto. Nosotros teníamos como zona preferida del río en Reconco, entre El Pino y Felechosa. Era una de las grandes diversiones del verano. Si hacía bueno, pasábamos allí las mañanas. Nos juntábamos un grupo de veraneantes jóvenes y amigos del pueblo, y aunque el río bajaba un poco frío a aquella edad podíamos con todo. Y en ocasiones fuimos pescadores furtivos, buscando truchas bajo las piedras. Un día, cuando estábamos en plena faena, sin nada en las manos, vimos sentado en prado contiguo, al guarda río, Valentín, que era amigo y estaba muerto de risa porque no habíamos pescado nada.

—¿Y en Moreda, con el agua negra, ¿Dónde se bañaban?

—Efectivamente, el río bajaba negro, pero íbamos a buscar el agua clara a Oyanco, un par de kilómetros aguas arriba. Había buenos pozos y por las tardes se llenaban de gente. Era la playa de Moreda. Y había un prado, el de la «Madreñera», para tumbarse al sol. Y tenía un bar para que no faltara nada. Cobraba la entrada.

ESTUDIOS EN LA ACADEMIA, CON LOS JESUITAS EN CARRIÓN DE LOS CONDES, SALAMANCA Y OVIEDO

—¿Dónde hizo sus estudios primarios y el bachiller?

—Cuando pasaba temporadas en El Entrego de niño, fui al Colegio de las Monjas de la Oscura. Tuve muchos amigos allí, la mayor parte de ellos ya fallecidos. Tremendo, pero normal a estas alturas. Y yo me siento satisfecho porque he llegado hasta aquí. Después, de vuelta ya en Moreda, fui a la escuela de doña Domitila Canales, que me preparó bien para el ingreso de bachiller que comencé en la Academia Aller. Y en tercero, seguí los estudios, interno, en el colegio de los jesuitas en Carrión de los Condes, donde creo que había estado mi abuelo Mariano. Un año después fue mi hermano José Antonio.

—¿Qué supuso el salto de la vida de Moreda de la Academia al internado?

—Se pasa mal los primeros días, pero te adaptas enseguida. Aquellos años fueron fundamentales para mi formación intelectual y humana. Muy importantes, porque me dieron una base sólida para mi posterior ejercicio como periodista y escritor. Teníamos un profesor que además del programa, nos enseñó muchas cosas sobre periodismo y los estilos periodísticos: el editorial, el artículo con firma, el reportaje y la entrevista. que me vinieron muy bien cuando llegó el momento de cumplir mi sueño, mi verdadera vocación.

—Me habló de que había jugado en el Salmantino. ¿No estaba Salamanca muy lejos de Moreda para ir a jugar?

—Solamente a jugar, no. Eso salió allí durante un partido entre la selección de Salamanca y la de Valladolid. Firme por el Salmantino, filial del Salamanca. Subimos a Tercera División. La de entonces, que era muy fuerte. Pero yo había ido a estudiar Medicina. Un intento vano, porque entonces había curso selectivo en el que una de las asignaturas eran las matemáticas, y yo era de letras. Nunca se me habían dado bien. Pero creo que afortunadamente, porque allí comenzó, curiosamente, mi camino hacia el periodismo. Y vine a Oviedo a hacer Derecho. Y en Oviedo fue donde Graciano y yo abrimos la Redacción de La Nueva España, que nos decían que era imposible.

—¿Cómo fue el cambio a Oviedo, porque eran carreras distintas y muy diferente la vida universitaria, que Salamanca siempre tuvo muy activa?

—En la Universidad de Oviedo había un clima muy familiar. Casi nos conocíamos todos. No fue como en Salamanca, que había varios miles de estudiantes de toda España, y muchos hispanoamericanos. Y aquí continué jugando al fútbol y me entregaron, creo que fue en 1959, el trofeo al mejor deportista universitario del año. Conservo la copa. Con una selección de la Universidad contra el Oviedo, inauguramos el estadio universitario. Fueron años inolvidables. Fue el tiempo en que conocí a Mercedes, mi mujer, sobrina bisnieta de Clarín y descendiente de Genaro, su hermano mayor. Ella estudiaba Químicas. Recuerdo aquellos tiempos como buenos, aunque hubo de todo, que fueron el prólogo de la llegada a La Nueva España.

UNA ESTRECHA RELACIÓN CON OVIEDO DESDE 1957 HASTA NUESTRO TIEMPO

—Se confesó profundamente allerano, pero ¿Qué significó y significa Oviedo para usted?

—Vivo en la ciudad desde 1957, primero en la Universidad y después en el periódico. Graciano y yo coincidimos allí varios años, hasta que él fundó la revista «Asturias Semanal», en cuyo nacimiento, y hasta su cierre, participé. Fue un soplo de libertad en tiempos de la pre-Transición. Años de lucha y

aprendizaje impagables, que me fueron de gran utilidad. Fuimos unos adelantados. Intentamos ganarle cada día unos palmos a la libertad, y con frecuencia lo logramos. Otras veces fuimos ante el juez, don Federico Campuzano, que siempre sobreseía el caso, por algún comentario o entrevista. Nos secuestraron la edición en cuatro ocasiones, pero sobrevivimos. Curiosamente la revista desapareció en 1977, en vísperas de las primeras elecciones, con Suárez en el poder. Después Graciano «inventó» primero Premios Príncipe de Asturias, con los que situó a Oviedo y Asturias en el mapa mundial de la Cultura. Un éxito pleno.

—Yo sé, porque seguí su trayectoria y leí sus libros, que Oviedo representó algo más que la pura vecindad y el paso por sus calles.

—Efectivamente, Si en Aller están mis raíces irrenunciables, en Oviedo está el desarrollo de mi vida como periodista y escritor. Llevo aquí desde 1957. Y aunque tuve oportunidad de ir a trabajar a Galicia y a Madrid, nunca quise salir de Asturias. Siempre pensé que si mi aportación podía servir de algo, quería que fuera útil en Asturias, a los asturianos. Y, después de tantos años aquí, me siento contento de lo que hice.

—Además escribió mucho sobre Oviedo. A mí me parece que unos de los que más contribuyeron al mejor conocimiento de la ciudad y su gente son, sin duda, sus cinco tomos, «Oviedo: crónica de un siglo» y «Oviedo; crónica de fin de siglo». Es una auténtica gran obra dedicada a la ciudad, a la que usted quiere tanto. Además de otros libros y otros trabajos también muy importantes.

—Si, le tengo gran cariño a Oviedo. Son muchos años aquí y la ciudad me aportó mucho a lo largo de todo este tiempo. Y creo sinceramente, que yo también le habré aportado algo. Los cinco tomos con la crónica de la ciudad, desde 1860 hasta el año 2000, son una obra importante, eso creo, para la memoria de la historia local. Me llevaron doce años de trabajo, día a día. Además de los cinco tomos, logré crear unas cuatro o cinco mil fichas de Oviedo buscando información por bibliotecas, hemerotecas y hablando con personas que podían aportarme algo. Fue un trabajo intenso del que me siento satisfecho. Además de todo esto, escribí algún libro más sobre la ciudad, además de otros muchos trabajos en los que también es protagonista.

Fig. 4 / Primeros pasos en La Nueva España, 1963



LA LLEGADA A LA NUEVA ESPAÑA FUE UN MOMENTO FUNDAMENTAL EN SU VIDA

—¿Cómo fue posible su llegada a La Nueva España en aquellos primeros años sesenta? Se decía, lo oí, que era como el «sancta sanctorum» de la prensa regional, y que era imposible entrar.
—Desde hacía algunos años Graciano y yo hablábamos de nuestra afición, y que el periodismo tenía que ser nuestro futuro. Por eso, por aquellas dificultades de las que nos hablaban, buscamos la manera de colarnos. No sabíamos cómo, pero estábamos convencidos de que podría ocurrir el «milagro». Y un día se me ocurrió que podríamos hablar con Juan Luis Cabal Valero, un conocido redactor del periódico. Y para conseguirlo llamé a su hijo, que había jugado conmigo en el Vetusta. Y nos salió bien, porque habló con su padre y nos citó en la Redacción para el día siguiente. En el momento

de llegar a su mesa, se cruzó con nosotros el director, Arias de Velasco. Juan Luis le dijo: «mira, Paco, estos chavales quieren ser periodistas». Y él le respondió: «que se apliquen, que aquí va a hacer falta gente muy pronto».

—Aquella respuesta supondría un golpe de moral para los dos ¿no?

—Por supuesto. Fue una respuesta con mucho contenido, porque estaba cerca de producirse el cambio generacional en la Redacción, y nosotros estábamos allí, a punto. Nos dijeron al principio que escribiéramos cosas de Aller. Hicimos algunas en la máquina de escribir de mi casa, pero era una lata. Así que le dijimos a Las Clotas, redactor-jefe, si podríamos hacer nuestros textos en la Redacción. Nos dijo que sí, pero a partir de las nueve que estaba ya más despejado. En aquel momento Graciano se volvió hacia mí y me dijo: «Juan, ya estamos dentro».



Menú del día
Comidas de empresa
Salón privado
Cumpleaños
Fiestas
Espichas
Local climatizado



La Fumiosa
sidrería - restaurante

985 480 750

lafumiosa.es

Calle La Estación 16, Moreda. Aller. Asturias



(Fig. 5)

Y así fue. Poco a poco empezaron a encargarnos cosas, y fuimos creciendo como periodistas. Pero está claro que ellos vieron algo en nosotros que era más que pura afición. Y yo aún sigo, aunque ahora mi actividad es distinta, pero sigo.

—¿Cómo era Asturias entonces?

—Eran los días en que comenzó el desarrollo y empezaron a rodar más coches por las carreteras, malas entonces. Creo que nosotros fuimos descubriendo Asturias para nosotros y para los asturianos. Hasta entonces la información regional la hacían, por lo general, los corresponsales, cada uno de los cuales tenía otra ocupación y no le podía dedicar a la información todo el tiempo necesario. Recorrimos el mapa de extremo a extremo y de norte a sur. Conocimos a mucha gente que nos contaba su vida y anduvimos muchos pueblos, de algunos de los cuales no habíamos oído ni hablar. Bueno, ni el resto de nuestros paisanos.

—¿Quiénes fueron sus compañeros de Redacción en aquellos primeros años, y después?

—Evaristo Arce, se incorporó muy pronto. Diego Carcedo, José Vélez, Rubén Suárez, Manolo Avello y Orlando Sanz fueron llegando a continuación, no con mucho tiempo de distancia. Así fue como se produjo el cambio generacional. Los veteranos se jubilaron a medida que nosotros llegábamos. Apenas se notó aquella transición. Fue una suerte para el periódico. José Luis Balbín, que hacía prácticas por el verano, no se quedó. Se fue a Madrid y tuvo un gran éxito con La Clave, un programa inolvidable. Carcedo también se fue pronto, y el resto ya no nos movimos. Estábamos muy enraizados y nos encontrábamos bien en el periódico. Además, tuvimos unos excelentes maestros en Paco Arias de Velasco y Juan Ramón Pérez Las Clotas. También Luis Alberto Cepeda contribuyó a nuestra formación.

—Creo que, además, fueron ustedes quienes descubrieron el primer bikini en las playas asturianas.

—Así fue. Durante los fines de semana en verano, recorríamos las playas y el interior. Empezaban a pasar días en la costa muchos asturianos y llegaban algunos extranjeros. Hablábamos con todos y publicábamos los reportajes con éxito, porque los periódicos eran los medios de comunicación más fuertes. Las emisoras de radio iniciaron también un despegue importante. Fue en el verano de 1963, tal vez el del 64, cuando Graciano, Vélez y yo nos propusimos encontrar el primer bikini en nuestras playas. Y después de recorrer muchas, lo encontramos en la de La Franca, en Ribadedeva. Era una joven francesa con la que estuvimos hablando como pionera de aquel «destape» que se veía en Asturias. Curioso.

VIAJES POR EL EXTRANJERO, EN ESPECIAL EUROPA Y LOS PAISES HISPANOAMERICANOS

—Usted viajó mucho por Europa y la América Hispana y pudo conocer la peripezia personal de muchos paisanos, y conocer por referencias y consultas en bibliotecas y diarios de los Centros Asturianos. ¿Qué experiencias vivió en aquellos encuentros?

—Efectivamente, viajé en numerosas ocasiones a aquellos países. Especialmente a México y Argentina. Cuatro veces a cada uno de esos países. También, en Venezuela, Cuba, Perú, Estados Unidos, Japón y Filipinas donde, con dolor, comprobé que apenas quedaban rastros de los siglos de la presencia de España allí. Los americanos se esforzaron en acabar con la huella española. Pero antes, entre 1964 y 1965 me había encontrado en Bélgica y Alemania

con muchos de los miles de emigrantes que habían salido de Asturias en aquellos años. En Bruselas, en el barrio de Midí, donde vivían la mayor parte de ellos, hablé con muchos, no pocos de Moreda, y conté cómo se desarrollaban sus vidas. Fue una serie de reportajes que tuvieron aquí mucha repercusión, porque eran noticias que llegaban a Asturias, a las familias. Las emisoras no alcanzaban tanto y no había televisión. Algunos años más tarde fui a la URSS, Moscú, Kiev y Chernigov, una de las ciudades ucranianas bombardeada estos días en la guerra que Rusia inició contra Ucrania. Entonces el Partido Comunista era el dueño de las vidas de los ciudadanos. La libertad era una quimera, pero advertí una gran corrupción. Aquello empezaba a desmoronarse

—¿Y en Hispanoamérica? ¿Cómo fueron los encuentros con los asturianos?

—Como le dije, viajé en varias ocasiones a algunos de aquellos países. Fueron unos encuentros emocionantes con asturianos que llevaban allí muchos años, y con sus descendientes que se sentían tan asturianos como sus padres. Sobre todo, en Cuba por las difíciles circunstancias. Allí vi llorar a mucha gente. Uno que me conmovió casi hasta las lágrimas, me dijo que sí aquello no fuera una isla de difícil salida, haría tiempo que habría comenzado a andar camino de Asturias. Conocí a gente de cerca de cien años... Y visité, entre otras muchas personas, a un matrimonio de Pelúgano que no se conocían hasta que llegaron a Cuba. De mi estancia allí, escribí un libro titulado, «Cuba: los asturianos del silencio». Y de mi estancia en el resto de aquellos países, escribí otro, «Crónicas de Astur-América», en el que condensé aquellas vivencias llenas de encuentros emocionantes. Nunca olvidé aquellos días.

—Y creo que le ocurrió una curiosa anécdota sobre sus encuentros con paisanos de Moreda. ¿Es así?

—Sí, sí, curiosísima. La mayor parte de mis entrevistas y reportajes llevan fotos de Vélez, un fotoperiodista de mucho talento. En algunas de ellas por Asturias le decía: «Mira, Vélez, uno de Moreda». Y aquello se repetía, y era cierto. Un día, era domingo, la víspera de regresar a Asturias, decidimos hacer un recorrido sentimental por Buenos Aires. En la calle Corrientes, la del tango de Gardel, nos sentamos en una terraza porque hacía un calor sofocante. Al cabo de un rato mi compañero me dijo: «todavía no apareció ninguno de Moreda. Aquí lo vas a tener crudo». Seguimos sentados un gran rato doblando la cerveza contra la sed. Y con gran sorpresa para mí, vi avanzar a un amigo, y le dije: «mira, Vélez, uno de Moreda». Me miró entre sorprendido y con cara casi de enfado, y me contestó poco académico: «vete a la mierda». «No, que es uno de Moreda». En una ciudad de cerca de tres millones de habitantes, entonces, acababa de aparecer uno de Moreda. ¿Cómo Vélez me iba a creer? Era Faustino Fernández-Miranda, hijo de don Nicolás, gran amigo de mi padre, y médico de Moreda durante muchos años. Faustino era catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad a Distancia que había ido a formar tribunal para la selectividad con dos compañeros, para quienes hacían el bachillerato español, que eran bastantes. Sus dos colegas habían ido a las cataratas

Fig. 5 / En Salinas con Graciano García y José Vélez

Fig. 6 / Fidel Castro y Juan de Lillo
Fig. 7 / Conversa con Fangio, en Buenos Aires





Fig. 8 / Saludando al Príncipe Felipe

Fig. 9 / En el Hotel Reconquista, conversación con Gorbachov

Fig. 10 / Con Luis Buñuel, en Calanda

Fig. 11 / Entrevista con Adolfo Suárez

de Iguazú, y él había preferido recorrer la ciudad. Comimos juntos en el Centro Asturiano, estábamos invitados Vélez y yo, y lo llevamos con nosotros.

—Me consta que los asturianos en Argentina, México, Venezuela y Cuba dejaron una gran huella de su presencia. Y los que siguen allí, con diversa suerte, viven como siempre, unos bien y otros peor. Pero, especialmente en Venezuela y Cuba, con dictaduras férreas. Cuba hace muchos años que es una cárcel para los cubanos y extranjeros que quedaron allí. En Cuba, os asturianos fueron una auténtica potencia, en numerosos negocios, especialmente en los tabacos y El Encanto, que fue la madre de Galerías Preciados, ya desaparecida, y de El Corte Inglés. Además, tenían un colegio para los hijos de los socios y un hospital, puede que uno de los mejores de América. El Centro Asturiano, obra de Busto, es espectacular. Decían que las escalinatas eran comparables a las de la Ópera de París, y el salón de baile, yo lo vi, capaz para tres mil personas. El de México es también extraordinario, y el de Argentina y Venezuela más modestos, pero igualmente de gran presencia. Cuando estuve en La Habana, el Centro Asturiano lo había metido el régimen es un lugar impropio para quienes habían sido un grupo regional con gran peso en la vida cubana. Y fui cuando ocurrió en México el terremoto de 1985, para conocer la situación de los

asturianos, cómo habían vivido aquella catástrofe y sus consecuencias. Creo recordar que no hubo muertos entre los nuestros. Pero aquello era un caos tremendo, que había dejado a mucha gente sin hogar. Una tragedia.

NUMEROSAS ENTREVISTAS CON IMPORTANTES PERSONALIDADES ESPAÑOLAS Y EXTRANJERAS

—Ha hecho muchas entrevistas y algunas de ellas con personalidades relevantes, nacionales y extranjeras. Visto eso desde Asturias, creo que tiene mucho mérito.

—Tanto aquí como fuera, aproveché cuantas oportunidades tuve. Me siento satisfecho de haberlo conseguido. Algunas no fueron difíciles y otras necesitaron muchas llamadas de teléfono y abrir muchas puertas. Y es cierto, miradas desde aquí, podrían parecer difíciles o imposibles.

—Dígame algunos nombres.

—Si, por supuesto, porque, ya le dije, me dieron muchas satisfacciones. Voy a hablarle primero de la que hice, en exclusiva, con el Rey cuando cumplió la mayoría de edad y juró la Constitución. Era Sabino Fernández Campo entonces secretario de la



Casa Real y lo llamé a la Zarzuela. Y me dijo, que ya era Príncipe de Asturias, que sí. Que le enviara un cuestionario y que luego fuera a verlo para tener un encuentro personal. Y la entrevista se celebró y se publicó en La Nueva España, en noviembre de 1982, un mes después de la victoria electoral de Partido Socialista. Me habló de su preparación en la Academia Militar, de sus estudios, de sus diversiones, de la noche del 23-F al lado de su padre, de su futuro, y de muchas cosas más.

—Le había preguntado por algunos nombres y supongo que quedarán en su memoria, porque esos encuentros nunca se olvidan.

—Además, muchos están en las hemerotecas y en las bibliotecas. Si, claro. Entrevisté a los presidentes de Colombia, Belisario Betancur; de Panamá, Arístides Royo; de Venezuela, Carlos Andrés Pérez; de Portugal, Ramalho Eanes, al ex canciller alemán, Helmut Schmidt; Javier Pérez de Cuéllar, secretario general de la ONU, y charlé un largo rato con Gorbachov en el Hotel Reconquista cuando estuvo en Oviedo, con intérprete, claro. Hablamos de mi viaje a su país, de lo importante que había sido su acción allí que tanto se había en Occidente. Estuvo muy atento y muy simpático. Estaba con él su esposa Raisa, que falleció poco después. Y en Argentina, hablé mucho rato con Juan Manuel Fangio, cinco veces campeón de fórmula-1. Un

hombre encantador, cordial, simpático, que me contó sus peripecias y percances como piloto. Una delicia. Y con Fidel Castro hablé un rato, pero no lo entrevisté, pero sí al vicepresidente, «Gallego» Fernández, hijo de asturianos.

—¿Y españoles?

—Con unos cuantos: Adolfo Suárez, Luis Buñuel, en su casa de Calanda; Santiago Carrillo, Sabino Fernández Campo; Sánchez Albornoz; José Maldonado, último presidente de la República en el exilio; Rafael Fernández, Pedro Sáinz Rodríguez, que fue ministro de Educación en el primer Gobierno de Franco, y quiso llevar la Universidad de Oviedo, destruida, para Santander, pero no le fue posible; el científico Juan Oro, el sociólogo Juan José Linz, Amaro González Mesa, embajador de España; Leandro Moragas, el bastardo de Alfonso XIII, reconocido como Borbón tras muchos años de pelearlo; Manuel Tuñón de Lara, el general asturiano, Manuel Díez Alegría..., además de cuatro biografías. Rafael Fernández, Francisco Riberas, Graciano y Luis Adaro. Bueno y una lista más larga, pero no creo que sea necesario continuar. Y no cuento nada del contenido de las conversaciones, porque no acabaríamos. Necesitaríamos un libro para contarlo.

—Llegar a la ONU no es nada fácil ¿Cómo fue posible?

—De la forma más sencilla de lo que todos podrían pensar. Yo era director de «Hoja del Lunes» y a Pérez de Cuéllar le habían concedido el premio Príncipe de Asturias de Cooperación Iberoamericana, luego Cooperación Internacional. Me recibió en su despacho de la planta treinta y ocho de aquel edificio internacional. Y cuando una secretaria abrió la puerta, él me dijo: «Menos mal que llega la entrevista asturiana». Le pregunté por qué me decía eso, y su respuesta fue que hacía unos minutos habían estado sentados allí, los ministros de exteriores de Irán e Irak, entonces en plena guerra.

—¿De qué hablaron?

—De muchas cosas: de España, de la situación internacional y me sorprendió que me hablara de Asturias, del Urriellu, de Oviedo, etc. Le pregunté si había estado en nuestra tierra y me dijo que no, pero que había tenido en el colegio religioso donde había estudiado en Lima, tres frailes asturianos, Graciano Montes, de Bimenes; Baudilio y José García que en todas las clases nos hablaban de Asturias con bastante detalle, y de aquellas lecciones se le había quedado grabado todo eso para siempre. «Y ahora voy a ir a conocerla, cuando me entreguen el Premio».

—¿Quién le facilitó aquella entrevista?

—No fue difícil. Un amigo de Gijón que vivía en Nueva York, Aquiles García Tuero, conocía mucho a Mario Zamorano, un chileno que ejercía como uno de los intérpretes de castellano. Y así fue de fácil. El chileno nos esperó a la hora convenida, y así llegué al secretario general de la ONU. Mucho más sencillo de lo que podría esperar. Pero lo importante, cuando intentas uno de esos encuentros, es que nunca pienses que es imposible. Porque, generalmente, a mí me salieron bien. No recuerdo ningún no. La constancia en el empeño es fundamental.



(Fig. 12)

AUDIENCIA CON JUAN PABLO II EN SU BIBLIOTECA PRIVADA DEL VATICANO

—Y dejó usted para el final, creo que intencionadamente, la audiencia que le concedió el Papa Juan Pablo II en su biblioteca privada de El Vaticano.

—Creo que fue el encuentro que más me llegó al alma. Fueron unos veinte o treinta minutos inolvidables.

—¿Y cómo desde Oviedo, la capital de una región periférica, llega al Vaticano un periodista, director de un semanario de provincias?

—Después de varios meses de teléfono. Fue el sacerdote asturiano José Luis González Novalín, entonces rector del colegio e iglesia de España en Roma, que era amigo del secretario polaco personal del Papa. Lo encontramos Vélez y yo en Oviedo en las navidades de 1989. Ya se sabía que el Santo Padre vendría a Asturias, y le dije a Jesús Luis que ahora que iba a venir, no estaría mal que «Hoja del Lunes», semanario de los periodistas, pudiera visitarlo en El Vaticano. Y me dijo que lo intentaría. Pasaron varios meses y muchas llamadas a Roma. Y un día, era sábado y yo estaba en mi despacho del semanario y me llama mi mujer, para decirme que llamara a José Luis a Roma. Fue un golpe de emoción tremendo. Me dijo que el lunes a las seis de la mañana deberíamos estar en El Vaticano. Y así fue: el concelebró la misa con Juan Pablo, y Mario Bango, presidente de la Asociación de la Prensa, y yo asistimos. Después nos pasaron a su biblioteca privada, que es taba muy próxima. Y allí hablé con él.

—Una conversación que nunca se hubiera imaginado, sobre todo cuando usted y Graciano llegaron a «La Nueva España».

—Inimaginable, claro. Pero ocurrió. Le mostré un ejemplar de «Hoja del Lunes», le entregué El libro de Asturias, de Ediciones Naranco, y me preguntó por mi familia, mi mujer y mis hijos. Y hablamos de Asturias, de Covadonga, a donde él iba a ir. Y estaba muy al tanto de la situación de crisis de Asturias. Y cuando ya nos íbamos, nos puso en la mano un estuche muy modesto con un rosario que bendijo. Y cuando estaba a punto de llegar a la puerta, pasaron un montón de cosas por mi cabeza. Sobre todo, que nunca, muy probable, volvería a ver a un Papa. Que es cierto que lo logramos por la puerta de atrás, porque si lo hubiera intentado por medio de la Secretaría de Estado, aún estaría esperando.



Fig. 13 /
Con Juan Pablo II,
en El Vaticano

—¿Qué fue lo le dijo cuando ya estaba a punto de cruzar la puerta?

—Sé que fue una audacia, pero me dirigí a él y le dije sin vacilar: «Santidad este rosario se lo daré a mi mujer ¿Podría darme otro para mi hija?» Se volvió, lo bendijo y lo puso en mis manos. Cuando se lo conté a mis amigos me dijeron que vaya cara que le había echado. Pero yo les contestaba, que cuándo iba a tener otra ocasión para que me recibiera un Papa. Y, en efecto, así fue. Nunca lo volví a intentar...

—Me parece que voy a concluir, pero quiere hacerle algunas preguntas personales. Alguna más íntimas. ¿Le importa?

—En absoluto. Estoy aquí para responder de mi vida, de mí. Creo que, si seguimos hablando de mi peripecia profesional, necesitaríamos muchas más páginas. Diría que un libro. Así que estoy listo para que ahondes en mi vida personal.

—En todos estos años, usted vivió muchos acontecimientos que, sin duda, habrán dejado especial huella. Mantener en tiempos nada sencillos, unos criterios de independencia frente a quienes pretendían manipular el periódico, sé que le causó muchos problemas. ¿Es la independencia condición fundamental para el ejercicio del periodismo?

—La independencia es fundamental. Un periodista para ejercer en plenitud, no debe tener ataduras que el opriman la posibilidad de escribir sin carga alguna. Yo procuré hacerlo, y creo que lo logré en una gran medida. No dependí más que de mi conciencia. Pero, sobre todo, el medio en el que debe moverse el periodista es la libertad. Sin libertad no existe la comunicación necesaria entre el que escribe y el que lee. Nunca llegaría a los lectores lo que deben de saber, ya sea de política, de cultura, de las ciencias, de economía; de lo que sea. Es el medio imprescindible para trabajar.

Fig. 12 / *página anterior*
En la ONU, con
Pérez de Cuéllar



Fig. 14 /
Con su mujer, sus hijos, nietos,
y resto de su familia

—¿Existe esa libertad imprescindible?

—Me temo que no, porque desde la política se ejercen presiones, desde las empresas también y desde la propia sociedad: algunos grupos religiosos, equipos de fútbol, asociaciones, incluso las de vecinos. Todo el que puede, intenta llevar el agua a su molino con exclusión de los otros, sobre todo aportando publicidad, que es dinero. Un ejemplo diario es el de los partidos políticos y de los empresarios. Se creen con el derecho a intervenir en la línea del periódico. Pero eso es lo que hay.

—Y después de tantos años como testigo en primera línea de acontecimientos, de tantos manejos y tanta miseria ¿Cuál es su estado de ánimo ahora?

—Es triste que después de tantos años de pelea, junto con personas de otras profesiones e ideas, a estas alturas de mi vida me muestre pesimista. Dolorido por la deriva del país que no sé a dónde va ni a dónde lo llevan. Me parece que no damos los pasos en la buena dirección, de la concordia entre españoles. El tiempo dará respuesta a todo esto. Espero que no lleguemos tarde.

—¿Pensó alguna vez que le hubiera gustado hacer otro tipo de vida?

—Afortunadamente se me atravesaron las matemáticas en el selectivo de Medicina. No me hubiera gustado ser, ya desde muy joven, otra cosa que periodista.

—¿Hay algo que le alegre especialmente?

—Claro: verme con mi mujer rodeado de nuestros hijos y nietos. Aunque no me parece que me quede demasiado tiempo para vivir ese estado de felicidad, aunque hay contrapesos exteriores que incomodan ese bien tan querido.

—¿Qué cosas le entristecen?

—El hambre, la incultura, la envidia, la ambición desmedida, la violencia, la insolidaridad, la falta de libertad, la incomprensión, la guerra...

—¿A quién admira?

—A mi padre. Fue un ejemplo que me marcó el camino. Y siento que en algunos momentos de mi vida me salí de ese sendero. Pero si examino mi trayectoria personal y profesional, debo de decir que lo seguí en lo esencial. Sobre todo, ya en la madurez, cuando conoces tus deberes y la necesidad de buscar el camino recto.

—Sé que es una cuestión muy personal, y si quiere puede no contestarme. ¿Es usted un hombre religioso?

—Sí, soy católico practicante. Si, creo en Dios. Si examino con detenimiento mi trayectoria personal y la profesional, pienso que no lo tuve lejos. Y lo sentí muy cerca en reciente golpe de salud que me tuvo al borde de la muerte. Pero, como todo el que piensa, a veces me asaltan dudas. La inseguridad que se manifiesta a veces, es muy humana, pero no dejo que me envuelvan. Yo tengo un referente, que es un periodista francés, André Frossard, que llegó a ser académico de Francia. Era ateo de familia de ateos. Su padre había sido uno de los fundadores del Partido Comunista francés. En su casa, dijo, hablar de Dios era lo mismo que hablar de Caperucita Roja. Un cuento. A los veinte años, en 1935, acompañó a un amigo que le dijo que lo esperara mientras él entraba en una iglesia del barrio latino. Al ver que tardaba, André entró para buscarlo. Contó después que nunca supo qué le había ocurrido en el interior del templo. Dice que estuvo allí no más de cinco minutos, pero «entré ateo y salí católico apostólico,

romano». Escribió un libro titulado: «Dios existe, yo me lo encontré», que lleva editados varios millones de ejemplares por todo el mundo. Me parece una historia preciosa.

—Sí, a mí también me lo parece. Pero para concluir, quisiera que echara una mirada hacia adelante. Lleva usted veinticuatro libros publicados. El último «Contra el olvido», hace poco más de un año. Sé que ha iniciado el veinticinco, en el que le aporté la documentación, de lo que me siento orgulloso. Pero, no sé en qué momento está.

—Acabo de concluirlo. «Ovetenses populares», que creo que es muy divertido, y además muestra una cara distinta de Oviedo y su gente. Es una nueva aportación al conocimiento de la vida más familiar e íntima de la ciudad, cuando sólo tenía cerca de cincuenta mil habitantes. Casi todos se conocían, los de los barrios y los del centro. Había mucha proximidad. Ahora la ciudad ya creció, se extendió lejos del viejo centro, el que se movía entorno a la calle Cimadevilla, la Encimada de Clarín, y la Universidad. Me pareció estupendo escribirlo.

Descubre el poder del Agua Termal

Tu cuerpo te lo pide

Tratamientos Hidrotermales
Inhalaciones y Bañeras
Carta de Masajes y Parafangos
INDIBA, Presoterapia
Estética y Belleza
Recuperación y Bienestar

A ORILLAS DEL TORMES
Y A UN PASO DE
SALAMANCA

BalnearioLedesma.com
Reservas@BalnearioLedesma.com

923 149 100



**BALNEARIO
DE LEDESMA
MONTEPÍO**

**Bien de interés
mineromedicinal
desde 1886**

